

lidad religiosa, visionaria, que subvierte todo sistema de valores de signo racional y mucho más los revelados; e) una proyección de universalidad o ecumenismo sin fronteras con ecos orientales y bohemios; f) una vida autogobernada comunitaria; g) una modulación ejemplarizante y aún pedagógico-moral-social, y h) en el aspecto religioso, o se margina bruscamente o lo rapta.

En el capítulo siete, dedicado a documentos, recoge la cuarta parte de las directrices de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, y el capítulo preliminar de la obra de Giovanni Gozzer, *L'ora de Religione*.

El capítulo octavo, sobre notas, contiene algunas observaciones o comentarios del autor, a modo de flecos o cenefa, que poco o nada tienen que ver con el tema de la obra.

G. A. C.

Maria Adelaide Raschini: LE CEREBROTECHE (*)

Partiendo del supuesto que conviene entender, cualquier rito de tránsito como superación de la realidad a través del mundo de la verdad (intransmutable, ideal), toda la primera parte de este libro de excepcionales valores estilísticos e imaginativos, es el testimonio y el contexto, la realización de este tránsito por parte de un observador-sacerdote que, litúrgicamente, cumple el rito, lo actúa pensándolo en su actuarse. Aparece de este modo inicialmente, la metáfora del nacimiento y la muerte del viejo mundo (el «fin del mundo»), por cuanto cualquier novedad debe constituirse sobre la muerte de la vieja realidad de la cual «sc» estaba hecho. En efecto, como en un rito de paso, esta vez están presentes: a) la purificación, *conditio sine qua non* del pasaje hacia el verdadero nacimiento; b) el cumplimiento del pasado, por cuanto lo nuevo no es un renegar de lo que ha precedido o ha preparado; c) la superación de cualquier distancia, por cuanto «el tiempo ha llegado», el instante cumple y realiza la sucesión.

El pasaje no se realiza por la propia interna actividad o conquista, sino a través de la revelación de aquel *verdadero* que agota el sentido hasta ahora suspendido. Mientras se está en el proceso se sigue todavía delante del obstáculo, aunque se entrevea el nuevo mundo, manteniendo en todo caso residuos de las presencias de viejo mundo. El pasaje (definido por la autora «purgatorio»), nos hace dependientes, porque ésta es su característica, en función del cumplimiento conclusivo. La historia es vista, metafóricamente, como tal pasaje que prefigura y prepara

(*) Studio Editoriale di Cultur, Génova, 1988, pág. 164. Colección de lujo *Imaginaría*, I.

en cierta manera, en cuanto rito de pasaje, su sentido cumplido y estable, que la historia revela. El «no-más», el «todavía-no» testimonian este movimiento todavía presente.

Como en todo rito de pasaje se supera el sujeto, el espacio y el tiempo y la conclusión cumplida es el blanco (que suma la multiplicidad de colores) y el silencio de la presencia, que supera los sonidos particulares y el límite de las palabras.

La segunda parte del libro, *I frammenti delle teczche*, son visiones, verdades vistas en su plenitud (relación con el pasado y, sin embargo, novedad de significado). Muy bello y lleno de sugerencias el doble trozo epistolar sobre Bacon, genial el texto de la aplicación de la fisiognómica a Voltaire.

En cuanto al último fragmento sobre *La gran simulación*, la aséptica estancia de Janoshi parece condensar la pureza de la posesión ilusoria... Aquella blancura etérea se contraponen al concreto cumplido, blanco también él en cuanto suma de todo, del principio. La contraposición es constante. La superación de la diferencia está presente en ambos fragmentos, pero en la primera parte es portadora de serenidad. En cambio, en la segunda, se asoma la tensión y la ansiedad («la nuestra espina en el flanco», cfr. págs. 146 y sigs.).

En igual analogía se plantea también la conexión diversa con el devenir y la mutación, con los sentimientos y la razón, con el pasado y el futuro. La gran simulación presenta a Janosh (frente al sacerdote-testigo del único y primer cumplido rito de pasaje), como el Anticristo, el falso profeta por excelencia. También en el plano de la construcción literaria, la parte conclusiva parece sostenida por una tensión, si bien en guardia, constantemente agresiva y no se despliega tranquila y articulada como la primera. La belleza del trabajo consiste en este cristalino mundo de lo *verosímil*, que a través de imágenes y sugerencias conceptuales límpidas, logra, más que ello, obliga a soñar —a soñar de un modo adulto— para liberar la imagen creíble.

Refinadísima la forma expresiva, con un cuidadoso trabajo de matices lexicales que logra una verdadera obra de orfebrería. La autora ha sido en esencia guiada hacia la escritura concebida como una serie de «cuadros», viviendo exactamente lo que expresa en la primera parte, donde precisamente se describe (con aparente lejanía) aquella relación reveladora y visionaria con la plenitud que M. A. Raschini vivía en su escritura. Esta meta temática especulativa hace en parte problemática la lectura, en el sentido de ofrecer la visión sin que ella sea, efectivamente, vivida como de hecho lo es por parte de la autora en el momento en que la escribe. Al lector le queda como una especie de distancia insoslayable que consiente solamente una síntesis tipo

«viejo mundo» y no según los auspicios de la primera parte, según un nuevo nacimiento.

Más cerca de las condiciones del lector, *La gran simulación*, don de la ilusión definitoria se asemeja mucho a la del crítico. Probablemente la separación entre «Prólogo entre dos mundos» y «La gran simulación» es emblemáticamente la misma que intercorre, diría yo inexorablemente, en este caso (dado el tipo de narración), entre la posesión creativa del que escribe y la posesión relativa (tras el estímulo y por tanto en un nexo objetivo), del lector.

ROBERTO ROSSI

Eusebio Ferrer: EXIGIR PARA EDUCAR (*)

Eusebio Ferrer Hortal es licenciado en Ciencias de la Información, con experiencia en prensa y radio. Desde hace más de veinte años colabora activamente en cursos de orientación familiar, tanto en la investigación y publicación de trabajos como en la docencia. Una larga experiencia, tanto a nivel teórico como práctico, avala sus enseñanzas.

Exigir para educar es un pequeño gran libro en el que el autor expone con sencillez y sentido práctico sus conocimientos sobre la materia.

Para él la educación de los hijos arranca desde el noviezgo de los padres, pues según cual fuese entonces su comportamiento, así tendrán luego más o menos autoridad para orientar a sus hijos por el camino recto. Como acertadamente dijo Mella, el matrimonio, base de la familia, es una institución, no para el placer individual sino que constituye un deber y responsabilidad social.

En el curso de su exposición, Ferrer va salpicando el relato con casos muy concretos de su propia experiencia y las de otros padres, como, por ejemplo, el niño que llora cuando sus progenitores salen de casa, pues quiere que lo lleven con ellos; el que deja comida en el plato; la niña que tiene píldoras anticonceptivas en el bolso o pretende hacer una excursión o viaje sola con su novio; las salidas nocturnas; los juguetes; los Reyes Magos; la educación sexual; las relaciones prematrimoniales con plena convivencia; las amistades; la dejación de la Misa dominical porque «no dice nada», etc.

A los niños hay que dedicarles mucho tiempo, y tener con ellos mucha paciencia y sentido de la responsabilidad, con un comportamiento ejemplar. Por eso la educación supone una gran

(*) Madrid, Ediciones Palabra, 1989.